



La autobiografía como modo de lectura crítica. Cita y destrucción del archivo

Silvia Susana Anderlini*

Es la oreja del otro la que me relata, a mí,
la que constituye el autos de mi autobiografía.
Cuando mucho más tarde, el otro perciba
con una oreja muy fina aquello que le está dirigido,
mi firma se habrá realizado.
Jacques Derrida

“Leer lo que nunca fue escrito”, se dice en Hofmannsthal.
El lectoren el que debe pensarse aquí es el historiador verdadero.
Walter Benjamin

Leer es una manera de devenir yo.
Sylvia Molloy

El objetivo del presente artículo es recuperar una mirada del discurso autobiográfico como *modo de lectura*, estableciendo a su vez una relación con la *cita* en cuanto reutilización de un archivo en un nuevo contexto, a partir de cierta cualidad *destrutiva* que le otorga Walter Benjamin. Desde el artículo “La autobiografía como desfiguración” de Paul de Man (publicado por primera vez en 1979) comprendimos que la autobiografía no es un género o un modo del discurso, sino “una figura de lectura y de entendimiento” que se da, hasta cierto punto, en todo texto. La autobiografía es así reconvertida en una figura general de la lectura válida para cualquier texto y, por lo tanto, sujeta a los mecanismos que se dan en la lectura.

Para desarrollar esta consideración de la autobiografía como figura de lectura, repasamos primero brevemente las tres perspectivas de abordaje en los estudios autobiográficos que fueron descriptas por James Olney

* Universidad Nacional de Córdoba / silvia.anderlini@unc.edu.ar

(1980), estrechamente vinculadas entre sí, centradas en cada una de las partes que componen el término: *autos/bios/graphé*. Ya en las pioneras posiciones de Dilthey, en el marco de su proyecto de fundamentación de las *ciencias del espíritu* se busca destacar el carácter privilegiado de las obras autobiográficas, a la hora de darle sentido a la historia, aunque de ahí se derive una cierta inespecificidad de este discurso. En la etapa del *autos*, inaugurada por Gusdorf en su artículo “Condiciones y límites de la autobiografía” (1956), ya se diferencia un yo narrado de un yo que escribe y, por otra parte, se comienza a tener en cuenta el vínculo del autor con el lector. De ahí que se destaque el “pacto autobiográfico” de Lejeune, a partir del acuerdo que se establece entre el autor y el lector de un texto autobiográfico, en el que este último otorga fe de la coincidencia entre autor, narrador y personaje. En cuanto *pacto*, ya implica concebir la autobiografía como un acto de lenguaje (y de lectura). Pero es en la etapa de la *graphé* donde se le confiere una mayor especificidad, al considerarse la autobiografía en su carácter textual. El texto autobiográfico es finalmente concebido como lugar de producción de un discurso acerca del sujeto.

Dentro de esta perspectiva, Paul de Man se adentra en la profundidad de la estructura retórica de este discurso para mostrar que la configuración de la mimesis engendra la ilusión de referencialidad, generando una oscilación entre la figuración y la desfiguración, o entre la mimesis y la ficción. No necesariamente se produce un conocimiento acerca del sujeto que cuenta su vida, sino más bien una “reflexión especular”, en un doble sentido. Por un lado, el narrador y el personaje se determinan mutuamente a partir de una estructura tropológica idéntica a la estructura de cualquier conocimiento (incluido el de uno mismo). En efecto, la autobiografía se basa en la posibilidad de sustituir al sujeto que escribe por el sujeto que es escrito, ya que, efectivamente, son (o deberían ser) idénticos. Por otro lado, esta misma especularidad se encuentra presente en la lectura, entre el narrador y el lector¹. De Man extrae a partir de esta “estructura especular” una consecuencia relativa a una cierta textualidad general, en la que lo autobiográfico se convierte en una figura general de lectura válida para todo texto. Para él toda operación de lectura de un texto pone en marcha este mecanismo de sustitución, que solo en apariencia se restringe al discurso autobiográfico.

¹ “La autobiografía, concluye De Man, no es un género sino una forma de textualidad que posee la estructura del conocimiento y de la lectura” (Loureiro, 1999, p. 6).

A partir de esto se deduce que el sujeto no puede constituirse plenamente en sí y por sí mismo según el modelo tradicional de la autoconciencia, ya que dicha constitución en realidad depende aquí de mecanismos figurales, que suponen siempre una apertura radical al efecto, a la lectura, es decir, a su reiteración en otro contexto (de modo similar a lo que ocurre con la *cita*). La autobiografía es por cierto considerada desde un punto de vista performativo como un “acto de lectura”, que implica la constitución de sí a través de otro, y la constitución de otro a través de sí, ya que como lectura requiere al menos dos subjetividades puestas en juego: autor y lector. Por eso Derrida (2017) destaca que en la autobiografía es “la oreja del otro” la que nos narra y nos constituye. Solo entonces se realiza la firma del autor.

La cuestión no se resuelve en un marco teórico exclusivamente deconstruccionista. En nuestras latitudes, Nora Catelli (2007) también ha establecido una importante conexión entre autobiografía y lectura: “Probablemente lectura y autobiografía enlacen en el tiempo de la Historia como caras opuestas de un mismo proceso –problemático y contradictorio– de subjetivización e individualización de la experiencia colectiva” (p. 42)². Sin embargo, es Sylvia Molloy (2001) la primera en abordar críticamente, con base en un corpus geocultural e históricamente situado en Hispanoamérica, la autobiografía como un *modo de lectura*: “La autobiografía es una manera de leer tanto como una manera de escribir” (p. 12), dice en la Introducción a *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, obra en la que se ocupa de leer autobiográficamente textos escritos en los siglos XIX y XX, que no fueron concebidos originariamente como tales³. Y, a su vez, su lectura crítica de los textos escogidos tiene también sesgos autobiográficos, al declarar, por ejemplo, en su propia introducción al libro, que una introducción “constituye la última vez en que uno habla en lugar del texto [...] Igual que las autobiografías, las introducciones también comienzan por el final” (p. 11).

2 Más adelante agrega: “La lectura es el momento del vértigo, el instante de la experiencia abismal en cualquier texto” (Catelli, 2007, p. 44).

3 Para la autora, la escasez de relatos de vida en primera persona en Hispanoamérica no es cuestión de cantidad, sino de actitud. Destaca también la indeterminación del texto autobiográfico hispanoamericano, el cual tiene mucho más que decir sobre aquello que no es, ya que la condición del género es incierta.

En una de sus obras posteriores, *Citas de lecturas*, Molloy escribe una suerte de autobiografía lectora, ubicando su propia “escena de lectura” como *pose* iniciática crucial en la producción autonarrativa de la vida, como lo hace también desde un lugar más rigurosamente crítico en *Acto de Presencia*. En *Citas de lecturas* esto queda claro desde la primera página:

Este libro recuerda encuentros con libros que por alguna razón, profunda o frívola, me acompañan hasta el día de hoy. Al anotar esos recuerdos posiblemente los amplíe, acaso los invente. Reunidos constituyen mi tránsito –mi vida– a través de la lectura. O de la escritura: no hay diferencia. (Molloy, 2017, p. 7).

Leonor Arfuch (2002), al igual que Molloy, le otorga un lugar muy especial a la “escena de lectura” en *El espacio biográfico*, remitiendo al primer capítulo del libro de Molloy, “El lector con el libro en la mano”, en donde esta analiza al Sarmiento lector. Esta “escena de lectura” es el momento del relato en que el autobiógrafo recupera un archivo personal, que puede ser heredado o elegido, y que sin duda marca su camino como escritor, a la par que su pertenencia a una “comunidad imaginada”. Arfuch identifica como un *biografema* esta escena fundante, que implica una “redescripción” de una “parcela peculiar del universo” (Arfuch, 2002, p. 168), y que es correlativa con la “escena de escritura”.

El uso de la “cita de lectura” le provee a Molloy la verdadera motivación para sus relatos autobiográficos. Sus propias lecturas teóricas y críticas se cuelan también ahí. Así, por ejemplo, confirma en primera persona la teoría de Paul de Man, que la lleva a pensar en la lectura como un “acto de posesión”, es decir, de apropiación:

Leo el texto y se dirige solamente a mí, no existe sin mi lectura: yo le doy voz, le doy *yo*. Lo que dice Paul de Man de la autobiografía como acto de prosopopeya es finalmente aplicable a todo libro: con mi lectura doy vida a lo que no la tiene, personifico. Este libro es mío, soy su coproductora, como Pierre Ménard es autor del *Quijote*. (Molloy, 2017, p. 19).

Pero Molloy aquí no sólo personifica los textos sino que los actúa y los representa: “leer era actuar, y actuar era ser yo” (p. 19). Su idea de la lectura mediante estas sucesivas anécdotas resulta un tanto dislocada y

travesía. Si hay quienes experimentan la lectura como una *travesía*, considero que para Molloy la lectura es más bien una *travesura*, no privativa de la infancia, que se puede ejercer en cualquier etapa de la vida. Cuando relata estas escenas autobiográficas de lectura y, en ciertas ocasiones, no recuerda todos los detalles, entonces los inventa, sin culpa alguna, y hasta con una cuota de picardía.

A partir de una lectura iniciática de Eliot, en vacaciones con su primo inglés Charly (en el capítulo “Lector y maestro, *in memoriam*”) ella descubrió “que se podían mezclar las lenguas impunemente cuando fuera necesario, y mezclar citas de otros escritores dentro del texto propio, descubrimiento que ha animado mi escritura a lo largo de mi vida” (Molloy, 2017, p. 24).

Pero no solo fue este primo mayor uno de sus *mentores* de lecturas, sino el propio Sarmiento, quien está muy presente como “guía de lectura” antes que como prócer o personaje histórico, ya que será él quien le dará la pauta de su apropiación lectora, (aunque no por eso deja de aclarar, en el capítulo “Padre del aula”, que fue “héroe de la patria” y “lectura escolar”, antes de convertirse en el autor que la marcará):

No solo recordé ese ejercicio que combina traducción y lectura en un solo acto: lo incorporé como figura alrededor de la cual armé mi reflexión crítica. Así el lector con el libro en la mano, el “traductor” de las minas de Copiapó, el jactancioso que lee a los apurones y cita mal, el apropiador – por no decir plagiarlo – de vidas otras, se volvió uno de mis guías (Molloy, 2017, p. 60).

La interpelación que le produce esta concepción de la lectura ya es explícita en *Actos de Presencia*, en el mencionado capítulo “El lector con el libro en la mano”. A partir de entonces entiende que “leer es traducir para beneficio propio” (Molloy, 2001, p. 37). Interpreta por lo tanto ese modo de leer del escritor sanjuanino como una *traducción interesada*, una *lectura desviada*, incluso una *mala lectura* que, sin embargo, se vincula con esta idea de incomodar al archivo original.

Sobre la relación entre esta *mala lectura* y la autobiografía, Molloy expresa:

Si la biblioteca es metáfora organizadora de la literatura hispanoamericana, entonces el autobiógrafo es uno de sus numerosos bibliotecarios, que vive en el libro que escribe y se refiere incansablemente a otros libros. Leyendo antes de ser y siendo lo que lee (o lo que lee de modo desviado), el autobiógrafo también se deja llevar por el libro (Molloy, 2001, p. 27).

Esto implica que la autobiografía conlleva una lectura previa preferentemente *desviada*, capaz de dislocar y subvertir los archivos, lo cual nos conduce finalmente a relacionar esta concepción de la lectura con la noción de *cita* de Walter Benjamin como instancia destructora del archivo. Su “método” para elaborar el *Libro de los Pasajes* consta de citas, y es el “montaje literario” que, como tal, es un aspecto *constructivo* del texto. Sin embargo esta concepción de la cita tiene a su vez una faceta *destruktiva*. En su ensayo sobre Karl Kraus, Benjamin dice que la cita “llama a la palabra por su nombre, la arranca del contexto al que destruye” (Benjamin en Agamben, 2006, p. 136). Bajo la influencia de Brecht, en el ensayo “Qué es el teatro épico”, Benjamin destaca que citar un texto significa interrumpir su contexto. La tarea de citar no conlleva la conservación o el custodio del archivo, sino por el contrario, implica su demolición. Voigt (2014) destaca que también Stéphane Mosès había observado que el modo de citar benjaminiano tenía un aspecto arbitrario y el poder de disposición del que cita sobre lo citado.

En *Calle de mano única*, Benjamin dice: “Las citas en mis obras son como salteadores de camino que aparecen armados y le quitan al paseante distraído la convicción” (2014, p. 112). Y en el ensayo sobre Kraus: “Ante el lenguaje, ambos dominios se separan –el del origen como el de la destrucción–. Y a la inversa: solo donde se compenetran –en la cita– logran su perfección” (Benjamin en Voigt, 2014, p. 176). En todo caso, lo que se pone en juego en la cita es esta especie de dialéctica entre destrucción y construcción del archivo.

Si para Brecht el hombre moderno está compuesto por fragmentos, también podemos pensar que se compone de citas, las que interrumpen la deseada continuidad del sujeto autobiográfico, o de cualquier historia, e inclusive de la Historia. Escribir Historia significa “citarla” según Benjamin, y esto implica arrancar el objeto histórico de su contexto. En una de las notas preparatorias de sus *Tesis sobre el concepto de Historia*, Benjamin (1996) hace referencia a que la tarea del historiador verdadero es “leer

lo que nunca fue escrito”⁴, ya que la memoria histórica no tiene nada de acumulativo, pues no carga el presente con la suma de acontecimientos que este último tendría que conservar. El *mal de archivo* del historicismo apunta justamente a esta ansia de conservación y acumulación de documentos, en función de una concepción del tiempo histórico como lineal y cronológico, en aras del llamado *progreso*. En las *Tesis* queda clara la importancia de la discontinuidad histórica, *discontinuum* que es el fundamento de la auténtica tradición, y no tanto el *continuum*. En la *lectura de los hechos históricos* se produce la descontextualización que requiere la cita. “Leer” implica, en este marco, interrumpir un contexto previo, y por lo tanto demoler el archivo original, previo o anterior⁵.

Como reproducción del original, la cita pone en cuestión toda originalidad. Algo le falta al pasado para que el presente lo pueda citar. Solo lo olvidado se puede citar: “Eso que el pasado ha descartado como inútil, como inservible, es lo que el presente puede y debe rescatar; y la descontextualización, la cita, es el método de ese rescate” (Collingwood Selby, 1997, p. 67)⁶.

En asociación con la cita así concebida, la lectura tiene algo de revolucionario. Del mismo modo que la cita, la lectura desecha y reutiliza al mismo tiempo ese pasado y/o los archivos que conforman la tradición. Al respecto la tesis sexta de Benjamin contiene una advertencia demoledora, demasiado incómoda: “En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla” (1989, p. 180). Cualquier intento de conservación implica una tradición continua

4 “Leer lo que nunca fue escrito” (Benjamin, 1996, p. 86) dice una de las notas que se encontraron en vistas a la redacción de las *Tesis*, referidas a la memoria histórica. También Agamben (2006) concluye su reflexión de *El tiempo que resta* con palabras de Benjamin: “La imagen leída en el ahora de la cognoscibilidad, porta en grado sumo la marca de ese momento crítico y peligroso que se halla en la base de toda lectura” (p. 142).

5 Esto ocurre también en el *Libro de los Pasajes*. Señala Andrés Tello que “la colección del Libro de los Pasajes no pretende instaurar un archivo histórico o restaurar el pasado como una totalidad, sino que en el gesto de Benjamin la inscripción de la historia deviene su cita, destruyendo así los marcos de lectura tradicionales” (2016, p. 53).

6 Agrega Collingwood-Selby: “La cita, como advenimiento de un pasado que ha sido olvidado, acusa en el original un origen que está desde siempre diferido...” (1997, p. 70).

en la intención de apropiarse del pasado tal como esta ha sido. En cambio, interrumpir la tradición implica la suspensión y la discontinuidad del archivo para poder apropiarse del “recuerdo tal y como este relumbra en un instante de peligro” (p. 180).

También la autobiografía requiere una lectura igualmente destructiva del pasado personal y social. La autobiografía por lo tanto no es un auto-relato de hechos consumados y verificables, sino más bien la *cita* que extrae el presente de un pasado pendiente, que reclama una nueva recontextualización. La distancia del sujeto que narra con los hechos narrados implica la imposibilidad de apropiárselos *tal como estos fueron*. El acto autobiográfico es así una *experiencia* del sujeto presente con respecto a un pasado que ya no le pertenece, una forma de *cita* en el sentido benjaminiano. Esa estructura especular entre pasado y presente se proyecta también al lector desde el autor, ya que es “la oreja del otro”, mediante la lectura, lo que lo constituye como tal. El otro (el lector) que no vivió esa vida ni la escribe, sin embargo, acaba firmando el texto, en lugar del autor. La autobiografía se resuelve por lo tanto en *heterobiografía*, modo de lectura inclusivo que reúne narrador y lector, aunque no siempre de manera cómoda ni respetuosa del archivo o de la tradición narrativa de los hechos acontecidos. Este modo de apropiación lectora conlleva por lo tanto una desapropiación previa del archivo autobiográfico (o histórico), para poder finalmente “leer lo que nunca fue escrito”.

Referencias

- Agamben, G. (2006). *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los Romanos*. Madrid: Trotta.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (1989). *Tesis de filosofía de la historia*. En *Discursos interrumpidos I* (pp. 177- 191). Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (1996). *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Buenos Aires: Arcis-LOM.

- Benjamin, W. (2005). *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal.
- Benjamin, W. (2014). *Calle de mano única*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Catelli, N. (2007). *En la era de la intimidad seguido de: El espacio autobiográfico*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Collingwood-Selby, E. (1997). *Walter Benjamin. La lengua del exilio*. <https://www.philosophia.cl/biblioteca/Colinwood/la%20lengua%20del%20exilio.pdf>
- De Man, P. (1999). La autobiografía como desfiguración. En Loureiro (Coord.), *La Autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. (pp. 113-118). Suplementos de Anthropos.
- Derrida, J. (2017). *La oreja del otro. Traducción y autobiografía*. Prólogo de Andrés Claro. Madrid: Carpe Noctem.
- Loureiro, A. (1999). Problemas teóricos de la autobiografía. En Loureiro (Coord.), *La Autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. (pp. 2-8). Suplementos de Anthropos.
- Mate, R. (2009). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*. Madrid: Trotta.
- Molloy, S. (2001). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Molloy, S. (2017). *Citas de lectura*. Buenos Aires: Ampersand.
- Olney, J. (1980). *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*. Princeton University Press.
- Tello, A. (2016). El anachivismo de Walter Benjamin. Sobre la práctica del coleccionista y la filosofía materialista de la historia. En

Aufklärung. Revista de Filosofía, (3, 2, pp. 55-68). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=471555232004>

Voigt, M. (2014). Cita. En Opitz y Wizisla (Ed.) *Conceptos de Walter Benjamin* (pp. 159-195). Buenos Aires: Las cuarenta.